

## INTERMEDIO

CHUCK DAVIS ERA MISIONERO, y esperaba con paciencia salir junto a su familia de esa cochambrosa sala del aeropuerto.

Estaban a unos 2 kilómetros de Stanleyville, la joya de la corona del Congo. La orgullosa y rica capital comercial del país fundada por Stanley en 1883, cuyas arcas se desbordaban con los ingresos del caucho, el aceite de palma y el marfil. El floreciente destino europeo donde los visitantes podían jugar un partido de golf y correr en lanchas rápidas río abajo. El mismo lugar exótico que había cautivado en 1951, el director John Huston, a Katharine Hepburn, a Humphrey Bogart y a Lauren Bacall cuando filmaron *La reina de África* y pasaron semanas en las lujosas suites del Hotel Pourquoi Pas?, o donde años más tarde, llegó Audrey Hepburn para el rodaje de *Historia de una monja*.

Apenas habían pasado cuatro meses desde que, con su esposa y dos hijos pequeños, llegara ansioso a su primera misión en aquel país. Una iglesia sin lujos situada en un pequeño pueblo a 60 kilómetros al norte de la ciudad. Se escuchaban los rugidos de los leones y el eco del grave sonido de los elefantes resonaba entre los altos árboles que rodeaban su remoto puesto avanzado en la jungla, a un mundo de distancia de Boston, su ciudad natal. Había tarántulas y cucarachas del bosque de 6 centímetros de largo, pero era cuestión de acostumbrarse. Toda su familia estaba enamorada de lo que llamaban «la casa de Tarzán». Era el paraíso.

Hasta que los simbas se apoderaron de la ciudad y comenzó la matanza de «traidores» congoleños. Los *évolué* o «evolucionados», perseguidos por tener vínculos con los europeos. Sus casas fueron asaltadas y ellos arrastrados a la plaza pública para ser torturados. Murieron tantos que los cementerios se quedaron sin espacio y los cadáveres fueron arrojados al río Congo.

Parecía una lucha tribal e intentaron mirar para otro lado a la espera de que el Gobierno lo solucionara, pero enseguida llegó

el turno de los blancos: los rebeldes anunciaron que todos los estadounidenses, y europeos, serían detenidos como prisioneros.

A ellos los simbas los sacaron a empujones de su casa para subirlos en el asiento trasero de un opel azul y conducirlos a la base del ejército en Stanleyville. Cuando llegaron, un centenar de soldados agitaban armas y luchaban por el botín de un reciente saqueo. De repente, arrojaron a un hombre contra la parte trasera de su automóvil y cinco rebeldes abrieron fuego con armas automáticas. Lo destrozaron. Se morían de miedo.

Durante el mes siguiente, estuvo en la Prisión Central de Stanleyville, donde compartió celda con el cónsul de los Estados Unidos, Mike Hoyt, y cuatro miembros de su delegación. Con frecuencia, vieron como los prisioneros de las celdas de alrededor eran asesinados a tiros, pero nadie les tocó. Tampoco nadie le dijo nada de que había sido de su mujer y sus hijos.

Hacia un mes que le habían trasladado con otros 230 rehenes de la prisión central al segundo piso, mucho más cómodo, de la Residencia Victoria. Esa mañana, sentado en el alféizar de la ventana a la espera de que el día pasara como otro cualquiera, un avión, tan próximo que podía ver sus ametralladoras y cohetes, le había sobresaltado.

Nada más verlo los simbas corrieron por los pasillos golpeando puertas y exigiendo que los prisioneros salieran. Fue uno de los últimos y se apresuró a seguir a los otros rehenes, que salían a la calle.

«¡Mátalos a todos! ¡No tengas escrúpulos! ¡Hombres, mujeres, niños, mátalos a todos!». Oyó que tronaba la radio de los rebeldes, que se miraron entre sí sin saber qué hacer. Les obligaron a sentarse en el suelo mientras tomaban una decisión.

Una ráfaga de ametralladora estalló en la pared de un edificio cercano: quien quiera que fuese, se acercaba. Un comandante simba gritó una orden y los rebeldes, ansiosos, comenzaron a disparar sobre el grupo. Huyó a la carrera. Saltó un muro y corrió como no sabía que podía hacerlo hacia una casa. Se metió en un armario donde, sorprendentemente, ya se apiñaban un docena de personas.

Un simba pasó dos veces frente a la puerta y se fue, sin verlos. Les rodeó el silencio, pero nadie se atrevió a moverse. Entonces se oyó una voz desconocida: «Sé que están aquí», gritó. El armario se abrió de golpe y 14 personas cayeron al suelo. Un belga corpulento vestido de uniforme y armado hasta los dientes se alzaba ante ellos. Los empujó afuera, donde decenas de rehenes yacían muertos y, con otros compañeros, los escoltó a pie al aeropuerto. A lo largo del trayecto no cesaron de intercambiar disparos con rebeldes ocultos.

«¿Eres estadounidense?» le preguntó un coronel cuando llegaron a la pista. «Sí, lo soy», respondió. Lo llevaron a esa sala del aeropuerto con un guardia y se enteró de que su esposa y sus hijos aún estaban retenidos con otras 25 personas a 8 kilómetros de la ciudad. Si no actuaba rápido se irían sin ellos.

Cuando los paracaidistas se negaron a hacer el peligroso viaje para liberarlos, él y otros misioneros rescatados encontraron un grupo de cubanos que aceptaron encargarse de ello. Más tarde descubrieron que eran veteranos de la invasión de Bahía de Cochinos que habían sido contratados por la CIA para recuperar al personal del consulado de los Estados Unidos.

Los cubanos liberaron a los detenidos, metieron a los supervivientes en un jeep y una camioneta, y partieron hacia el aeropuerto a toda velocidad dejando un rastro de proyectiles de ametralladoras a su paso. Su alegría fue inmensa cuando volvió a recuperar a su familia.

A una indicación de los militares, los rehenes liberados se reunieron junto a la pista con sus polos blancos y sus vestidos plisados manchados de sangre. Mientras subían a los C-130 que esperaban, algunos guardaban silencio y otros estaban sonrientes. Ellos se instalaron como pudieron junto a un centenar de personas en la bodega del avión, y despegó.

Unas horas más tarde, agotados, aterrizaron en Leopoldville. Los esperaban una legión de enfermeras con montones de formularios de admisión, diplomáticos que ofrecían apretones de manos por doquier, y *boy scouts* que repartían panecillos y naranjas. Su cautiverio de 111 días había terminado.

\* \* \*

Stanleyville fue rebautizado como Kisangani en 1965. Hoy, el aeropuerto donde aterrizó la Operación Dragon Rojo es un cementerio de aviones oxidados, y opera otro nuevo, internacional, a pocos kilómetros de distancia. En el centro de Kisangani, la Residencia Victoria pasó a llamarse Hotel Zambeke, pero nunca volvió a funcionar como hotel después del rescate de los rehenes. Sus cuatro pisos están repletos de antenas parabólicas y ropa tendida de las 450 personas que lo habitan.

En la estación de tren que una vez enviaba las exportaciones a todos los rincones del país, ya solo opera un tren por semana. En el puerto central, las grúas cuelgan muertas y los edificios miran al cielo. Muchos de los habitantes de la ciudad sobreviven con apenas 400 dólares al año y todavía anhelan los viejos tiempos, cuando tres comidas al día y un empleo estable eran lo más habitual.

Amplios bulevares bordean los edificios coloniales destripados, cubiertos con anuncios de compañías de teléfonos móviles y de comerciantes de diamantes. Pequeñas chozas de madera llenas de productos enlatados y tarjetas telefónicas abarrotan las aceras. Las motocicletas rugen y giran en torno a las mujeres que equilibran con seguridad enormes paquetes sobre sus cabezas.

Cerca de las orillas del río Congo, las familias cocinan y cuelgan la ropa en el porche de la mansión del exrey belga, una sombría estructura gris. Alrededor, plantas salvajes y árboles frondosos amenazan con invadir Kisangani en cualquier momento.